



Vuelve la Conferencia de Seguridad en Europa. Un aspecto de las sesiones de Helsinki (junio de 1973), donde se desarrolló la Conferencia de Seguridad Europea, que se reanuda el 2 de septiembre en Ginebra.

de 1973): el relativo a la «cooperación en el campo humano» y, concretamente, la serie de acuerdos para «facilitar movimientos más libres y contactos, y una más libre y amplia irradiación de informaciones de todos los tipos».

Sobre los otros tres grupos hay acuerdos más o menos viables. En el primero, «cuestiones relativas a la seguridad», se establecen medidas referentes a la inviolabilidad de las fronteras y medidas para asegurar la confianza militar de unos estados en otros: se estipula, por ejemplo, que todas las grandes maniobras deben ser comunicadas con antelación, con objeto de evitar alarmas y suspicacias. La URSS quería que se introdujese la noción no sólo de que las fronteras actuales son inviolables, sino también de que son inmutables, con objeto principalmente de evitar que renazca una idea de unificación alemana; una vez realizados los últimos pactos de la «apertura al Este», Moscú entiende que la actual forma europea debe considerarse ya como definitiva. No ha tenido, sin embargo, dificultades en conceder que la palabra «inmutables» no aparezca referida a las fronteras. El segundo grupo de acuerdos concierne a la «cooperación en los campos de la economía, de la ciencia, de la técnica y del ambiente», y no presenta inconvenientes mayores. El cuarto trata de las medidas prácticas para poner en funcionamiento los acuerdos de la Conferencia.

El tercer punto es, por consiguiente, el que queda realmente por debatir. Los últimos cambios habidos en Europa no parece que hayan modificado mucho las decisiones previas de los conferenciantes occidentales. Lo consideran como básico. No puede haber seguridad en Europa si las fronteras no están abiertas para todos, para entrar como para salir; y no sólo los hombres, sino las ideas. Ello implica la concesión inmediata de pasaportes a personas o grupos que quieran salir al

extranjero, especialmente, aquellos que deseen asistir a manifestaciones de tipo cultural e incluso político; pero también la libre circulación de periódicos, revistas y libros, sin ningún tipo de censura ni de restricción.

La URSS entiende que esta cláusula no tiene relación con los fines de la Conferencia, que es el entendimiento de los países entre sí, de gobierno a gobierno, con el fin de evitar las tensiones de los años pasados, y de mejorar las relaciones mutuas, sin necesidad de cambiar las condiciones interiores de los regímenes. Desde ese punto de vista, el tránsito de personas y de ideas sería un asunto privativo de los estados. Nadie debería fiscalizar el régimen interior, y podría dar lugar a protestas internacionales. La URSS teme que de esta manera Occidente se serviría de su mayor desarrollo en la propaganda y en la infiltración para anegar la URSS de personas y de ideas que su régimen considera subversivas. No suele citar la otra parte del problema: ciertas esperanzas de algunos grupos de descontentos soviéticos de salir del país reclamando pasaportes en virtud de los acuerdos de la Conferencia.

Este punto parece insalvable. El propio Brejnev ha dicho que, por el momento, no ve soluciones «dado el grado de desconfianza actual entre gobiernos europeos». Una de las propuestas soviéticas es la de hacer concesiones en este aspecto, pero de tipo práctico, y no escrito en documentos. Francia propone que se llegue al acuerdo de que en este punto concreto no hay acuerdo, sobre la idea de que «encontrarse de acuerdo en que no hay acuerdo es también una forma de reducir las tensiones».

Este es el lema esencial en el que van a encontrarse los 35 países a partir del 2 de septiembre. La posibilidad de encontrar una «solución de compromiso» que no quiera decir nada, no está excluida.

Los CoNteM poRa ñEoS

A veces temo que coherencia y consecuencia sean dos virtudes perdidas entre nosotros. O en el mundo. En beneficio, probablemente, de otras virtudes de labilidad y adaptación, menos apreciadas moralmente pero no poco eficaces. Todavía es posible recordar los tiempos en que el ciudadano tenía un abanico de ideas que le servía para toda la vida: tozudos y constantes, las acompañaban desde que comenzaban a razonar hasta la muerte, y aun muchas veces a trueque de adelantar esa muerte. La sociedad de consumo debe de haber entrado también a saco en este terreno de la constancia, palabra cuidadosamente apartada del vocabulario del hombre moderno. Se consumen posiciones, situaciones, ideas, a condición de que todas sirvan para lo mismo.

Los últimos gestos consecuentes y coherentes que hemos presenciado en hombres públicos, supervivientes de los tiempos de la constancia, son los de Ramón Serrano Suñer asistiendo puntualmente a las misas por Hitler y Mussolini, Torcuato Luca de Tena votando "no" al Príncipe y Blas Piñar votando "no" a las asociaciones políticas. No recuerdo muchos más. No son personajes homologables entre sí, ni siquiera sus gestos están muy relacionados. Pero tienen en común esta servidumbre antigua a la coherencia y a la consecuencia y a no dejarse ir por la facilidad. Lástima que los tres gestos sean negativos.

La defensa del tráfuga, por otra parte, no es difícil. "No mudo si no mudan", decía la veleta acusada de inconstante. El joven mudable se ha aferrado desde su en-

ñanza primaria a un conjunto de verdades que se funden cada día en el contraste con la realidad. Se ha creado una sociedad con dos caras: si la exterior era rí-

gida, seria y fundamental, había una interior incrédula, sardónica, astuta. Si con la exterior se medraba, con la interior se pretendían salvar ciertos rasgos de la personalidad, una especie de distanciamiento. Las mismas palabras han servido para el énfasis y para la burla. Nixon no ha sido un ejemplar aislado y solitario de nuestro tiempo. El ciudadano ha tenido que vivir en una sociedad que le colocaba una careta apenas entraba en la sociedad de los pantaloncillos cortos y la cartera al hombro, y que no le aceptaba sin su máscara. Tenía que activar sus músculos faciales por debajo de la careta.

Advierto ahora que escribo en tiempo pasado. ¡Qué tontería! Nada ha cambiado mas que las máscaras. La voz sigue estando hueca por debajo del cartón piedra. El tráfuga se pone ahora una careta sonriente y amable, para que la vean desde fuera, y sigue sin creer en sus rasgos. En el fondo, es también constante y consecuente: el rostro para sus íntimos sigue siendo astuto, sardónico, burlón. Tampoco cree ahora. No se le ha enseñado a creer, sino a fingir que cree, y a fingir con entusiasmo y énfasis. Es un comediante que cambia de comedia. O es una misma comedia que cambia de decorados y de trajes.

¡Tiempo de tráfugas! Consumistas de la política, de la religión, de la ideología. Larra decía que todo el año es Carnaval; todo el año es ya año de máscaras. ■

POZUELO